

EN

ENSAYO FOTOGRÁFICO  
ANDRÉS CEDILLO

---



# LA CIUDAD

# Y LOS

Julieta Isela Zárate Cano

# PORTADORES DEL TIEMPO

Dentro de la gran aventura de todos los apartados que conforman la modernidad, el espacio para muchos sectores de la comunidad se ha reducido. Uno de éstos, el de la vejez, no tiene cabida dentro de este mundo.

Los viejos son recuerdos y memoria.

La modernidad es prisa y vacío.

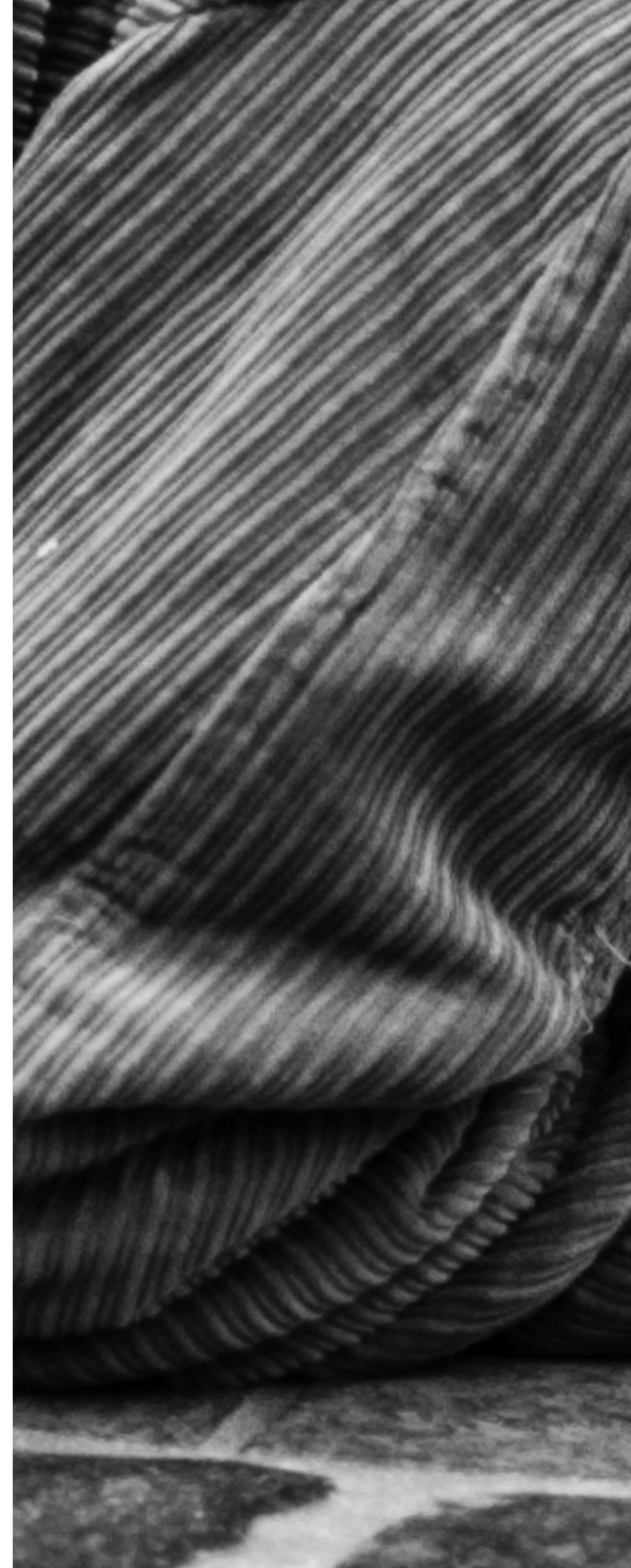
¿Qué hacer para que la modernidad recuerde o reinvente el tiempo de los viejos?

Arnoldo Kraus

La ciudad moderna del siglo XXI no se adapta a las necesidades físicas de la población mayor, la cual afronta enormes inconvenientes para realizar sus actividades cotidianas. Si nos pusiéramos por un momento en sus zapatos entenderíamos las grandes hazañas que deben sortear para realizar tareas tan sencillas para nosotros como la de subir un escalón. En la actualidad, 9.3%<sup>1</sup> de la población mexicana tiene más de 60 años, además se estima que el número de personas mayores se triplicará para el año 2050. A través del tiempo la perspectiva que se tiene de las personas de la tercera edad ha cambiado como parte de un desarrollo histórico donde intervienen procesos culturales, ideológicos, políticos y económicos.

En la actualidad, la modernidad es transmutada en lo que hoy llamamos globalización, la cual ha segregado y excluido a millones de seres humanos, por razones de edad o género, disfrazada de racionalidad científica y tecnológica. Esto ha justificado la existencia hegemónica de la clase económico-política que monopoliza el poder a escala mundial.

Se vive al día como si fuésemos inmortales, sin importar los futuros amaneceres; creemos tener el tiempo a nuestra disposición, pero no en el contexto físico-biológico de esta realidad tangible. Para Hannah Arendt: "La tarea y potencial grandeza de los mortales radica en su habilidad en producir cosas –trabajo, actos y palabras– que merezcan ser [...] imperecederos."<sup>2</sup> En este sentido, los mortales son seres superados por la conciencia biológica sobre su existencia; mientras los inmortales son aquellos cuya acción trasciende la vida individual desde el nacimiento hasta la muerte.



Es decir, sólo con la acción se puede alcanzar una vida infinita como carácter incesante de la movilidad del ser; una vida auténtica, que se vive con otros seres humanos.

Sin embargo, este concepto de vida inmortal que Arendt propone no es el que la sociedad consumista quiere vender. La juventud y los estándares de belleza prestablecidos por grupos elitistas son dos armas poderosas del capital para manipular a la sociedad. De esta forma, cada día vemos anunciados productos para alargar y disfrazar una juventud superficial que simboliza la banalidad de la vida; a diario avanzamos sin mirar atrás, escalamos sin saber en quién nos apoyamos, vivimos sin recordar. Los adultos mayores son recuerdo y memoria, pero si no los recordamos, si no pensamos en ellos para un futuro, no tendremos historia, pues todos somos parte del mismo ciclo de la vida, y en determinado momento, llegaremos a esa última etapa: la vejez.

Los avances en la tecnología de la salud permiten prolongar la vida, por lo que cada día hay más viejos. Pero, ¿de qué sirve extender la vida si las condiciones en que se habita son deplorables, si lo que se valora es la juventud y la belleza subjetiva? ¿De qué valdría ser biológicamente inmortal si la sociedad te repudia por no entrar en sus criterios de aceptabilidad? ¿Dónde queda la felicidad y la libertad para trascender hacia la inmortalidad, que Arendt describe, si ya no se puede ser un ser activo?

En este continuo proceso de modernización, se ha olvidado hacia quién se dirigen los avances tecnológicos y económicos, y se ha ido perdiendo la humanidad al considerar como seres desechables a los adultos mayores, quienes no pueden pagar su existencia en el sistema capitalista.



Las personas de la tercera edad no son seres que se enclaustran; sus condiciones físicas y biológicas no debieran ser limitaciones para salir a la calle, pues ellas también viven la ciudad, aunque forman parte de la otredad que es ninguneada (como sucede con las personas con discapacidad, las que hablan una lengua indígena y los infantes, entre otros). Aquéllos que están en con-

diciones de marginalidad no sólo son ignorados por el Estado, sino que además carecen de oportunidades de vivir en la ciudad, no tienen cabida en ella, pues ésta carece de espacios e infraestructura de acuerdo a sus capacidades.

De la misma forma en la que los viejos tienen su historia dentro de la ciudad, la ciudad está llena de historias y memorias conservada por ellos.

La memoria de la ciudad está conformada por los hechos que suceden, por sus distintos contextos culturales y por los símbolos de identidad que le dan sentido de apego y permanencia.

En la sociedad actual no se considera a los adultos mayores, y por consiguiente, hay una disminución sensible en el nivel de su calidad de vida; no se sienten reconocidos. Para poder tener identidad y pertenencia, recurren al recuerdo y memoria de las relaciones que fueron forjando. En este sentido, idealizan la ciudad donde vivieron su infancia (sea la actual u otra) y a partir de ello recrean las urbes donde la calle era su patio de juego; las plazas, el punto de encuentro y coqueteo; es decir, espacios donde configuraban sus tradiciones y costumbres, donde podían andar libremente y sin preocupaciones.

Las ciudades tienen su tiempo de vida y, como el ser humano, también envejecen, aunque no en la misma proporción. La ciudad va cambiando: se modifican las avenidas, los nombres de las calles; se destruyen edificios representativos para la cultura popular; se derriban plazas y se crean otras; se cierran tiendas, locales y se abren supermercados. La metrópoli se transforma a un ritmo tan acelerado que se puede construir al mismo tiempo dos locales comerciales de igual firma sobre la misma calle y se edifica inmuebles que no corresponden a las tradiciones del lugar, únicamente en favor del mercado. Esto evidencia un cambio en la configuración del espacio de las ciudades, distinto al del pasado cuando éstas se adaptaban a un ritmo y una escala humana accesible para sus habitantes.

La segregación de la población longeva en el espacio público produce una ciudad socialmente dividida. Por ello, es preciso replantear el diseño tanto de espacios públicos como privados. Es necesario humanizar la urbe, llevarla a una escala accesible e incluyente para sus habitantes. Las ciudades deberán cambiar para adaptarse a quienes las habitan. Hay que abrir espacios para el ejercicio pleno de la libertad y la creatividad, donde toda la población tenga acceso a los bienes y servicios que la sociedad produce, sin importar si



se es partícipe o no del sistema. Realizar proyectos para la ancianidad es pensar a futuro, es imaginar todos los escenarios posibles en el entorno inmediato para prever accidentes y lesiones. De esta forma los ancianos podrán tener autonomía durante sus actividades cotidianas y no estarán ni se sentirán excluidos.

En ese sentido, la labor de los arquitectos, urbanistas y diseñadores empieza por dejar de ver estas disciplinas únicamente como creación de productos que satisfacen al mercado. Deben pensar en las personas –de todas las edades– como eje articulador del diseño y entender que no existen problemáticas del objeto arquitectónico por sí mismo, sino que éstas son consecuencias (económicas, políticas, sociales, culturales y ambientales) del fenómeno contextual del sujeto. Humanizar la arquitectura es llegar a comprender esos tiempos y escalas para adecuarla al presente inmediato, de manera que las personas puedan vivir y desarrollarse digna y plenamente en cada una de las etapas de su vida; es romper con los dogmas del diseño urbano-arquitectónico que sustentan una escenografía social, una falsa fachada que esconde la realidad de nuestras problemáticas sociales.

La importancia de resolver estos problemas no sólo sirve para la población actual de adultos mayores, sino para la de mañana. Debido a que no se tiene una cultura de la vejez, llegar a esa edad genera incertidumbre sobre cómo vivir, o





incluso sobrevivir en condiciones que garanticen seguridad económica y jurídica; es necesario que la propia sociedad acepte el fenómeno del envejecimiento como parte fundamental del desarrollo humano.

Los adultos mayores viven en una ciudad fragmentada que les afecta directamente, existen zonas bien delimitadas con bienes y servicios (unas más equipadas que otras), a las que la gran mayoría de esta población no tiene acceso debido a sus bajos ingresos o a la falta de recursos. Estas delimitaciones fomentan la exclusión social y afectan la cohesión como comunidad. Danilo Veiga apunta que existe una desigualdad entre los diferentes estratos sociales de la población y el territorio de la ciudad donde habitan; estos asentamientos urbanos se encuentran al margen de procesos políticos y con una situación de dependencia entre economías regionales y nacionales que atraviesan diferentes etapas de industrialización. Por ello, el progreso económico se conforma de desigualdades entre la ciudad y las relaciones comerciales que tiene con diferentes mercados.<sup>3</sup>

Parafraseando a Arnoldo Kraus, la modernidad es prisa y vacío<sup>4</sup> que se dirige a un horizonte último como carácter incesante de la vida; la vida misma esperando un fin, la muerte. Para Heidegger, lo que hace que el ser humano tenga una existencia auténtica es asumir su finitud y ocuparse de su tiempo en una vida fáctica.<sup>5</sup> No es hasta que se hace cargo de su propia vida, una vida auténtica, cuando asume el ser en el mundo como ente finito. Para este autor la única posibilidad que tiene el hombre para ser y estar en el mundo es habitarlo: "habitar es el rasgo fundamental del ser, conforme al cual los mortales son."<sup>6</sup> Así, la vida cotidiana es un proceso en donde somos a cada instante; sólo así seremos inmortales dentro del mismo círculo finito de la vida. Sin embargo, si la misma sociedad nos rechaza, entonces únicamente queda el olvido (más allá de los ojos de la ciudad, en la invisibilidad, en el anonimato).

El sistema económico actual está provocando que se devalúe al ser humano por no ser productivo. Por ello es necesario proponer un cambio radical del estilo de vida que nos consume como una máquina que devora, tritura y desecha aquello que no funciona de acuerdo a la lógica del mercado. Para modificar este modelo de acumulación hegemónico es necesario desarrollar acciones que permitan que las personas mayores de 60 años, que cuenten con ciertas condiciones físicas, biológicas y psicológicas, participen de las actividades prácticas. Esto deberá contemplar beneficios y prestaciones sociales dignos para una vida plena. De este modo, se podrá recuperar lo más valioso que tiene este sector de la población: tiempo, edad y años de experiencia a favor de las nuevas generaciones.

Desde un punto de vista antropológico, María Eugenia Negrete define que la vejez en nuestra sociedad está intrínsecamente determinada por el proceso de producción, por el consumo de determinadas tendencias y también por los ritmos vitales impuestos por la industrialización.<sup>7</sup> Por ello, al no producir, los ancianos quedan excluidos de la sociedad y no son considerados en la toma de decisiones por sus núcleos familiares, su comunidad, ni por las instituciones. Alfons Auer expresa que en el proceso de envejecimiento se van perdiendo las libertades y los derechos por la percepción estereotipada y negativa que se tiene de la vejez como un grupo subordinado: "La realidad vital de la persona que envejece se caracteriza básicamente por una historia de la libertad que se aproxima a su fin [un final que] puede y debe ser un cumplimiento sosegado y soberano de las posibilidades vitales aún pendientes y siempre concebidas de nuevo."<sup>8</sup>

En la actualidad hay más personas ancianas en las metrópolis que en los sectores rurales.<sup>9</sup> Esto se debe a las grandes migraciones del campo a la ciudad de 1930 a 1950, cuando se viajaba a la urbe en busca de oportunidades de trabajo. Lo anterior, combinado con el crecimiento natural de la población (derivado del descenso de la mortalidad infantil y el aumento en la esperanza de vida) y gracias al mejoramiento de la infraestructura sanitaria y los servicios de salud e higiene, ha provocado que los niños migrantes de ayer formen hoy, en parte, la población urbana de adultos mayores.



Pero los que debieran ser hoy los años dorados para la gente mayor, no lo son debido a la situación crítica que vive nuestro país. Según datos de la Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social,<sup>10</sup> 74% de esta población no goza de una pensión y sólo 24% (1.5 millones) cuenta con recursos suficientes para enfrentar su vejez, por lo que se ve obligada a vivir al amparo de sus familias y carece de seguridad social por parte del Estado.

Una propuesta para que los adultos mayores se incorporen a la sociedad de forma activa es capacitarlos para la educación ambiental en los espacios públicos (plazas, jardines, centros deportivos, etcétera). Así, con su experiencia y saberes podrían llegar a realizar programas hacia la protección del medio ambiente. Un ejemplo de esto ocurrió en Cuba después de la revolución cuando, para satisfacer la necesidad diaria de alimentos, se dio

una renovación de la agroecología. Entonces se tomaron los patios, terrazas y suelos baldíos para la siembra de productos hortícolas (lo que ahora se conoce como huertos urbanos). En la actualidad esto ha sido implementado por el Estado cubano como parte de sus programas para el desarrollo local, logrando combinar tres dimensiones: seguridad alimentaria, adaptación del cambio climático y acción humanitaria. En esta experiencia la mayoría de los trabajos son realizados por personas adultas mayores, lo que les da empoderamiento económico y personal, y mejora sus condiciones bio-psico-socio-culturales.

Desafortunadamente, en el modo de producción de hoy no tienen cabida quienes no pueden ponerse un precio en el mercado (no sólo las personas de la tercera edad). Ahora son nuestras abuelas y abuelos, luego serán





nuestras madres y padres y más tarde seremos nosotros (en un futuro no muy lejano). Sin embargo, en un mundo donde no somos personas sino individuos con créditos y deudas, el poder hegemónico desaparece el “nosotros” para aislarnos, segregarnos y poder etiquetarnos para la venta y la comercialización.

Las necesidades que trae consigo el envejecimiento demográfico son impostergables, es por ello que se deben crear oportunidades para este segmento de la población. Los adultos mayores se encuentran en desventaja para afrontar las exigencias sociales de la contemporaneidad. ¿Qué escenarios nos deparará el futuro a nivel global si la concepción de la vejez no cambia, si sus condiciones de vida no favorecen la certidumbre para sustentarse en este mundo capitalista? En la sociedad actual ser viejo y carecer de recursos económicos, sociales y familiares es sinónimo de una muerte lenta en vida. Esta concepción tendrá que cambiar puesto que dentro unos pocos años muchos seremos viejos. No podemos permitirnos llegar a una edad en que nuestras fuerzas físicas y emocionales no nos dejen luchar por nuestros derechos.

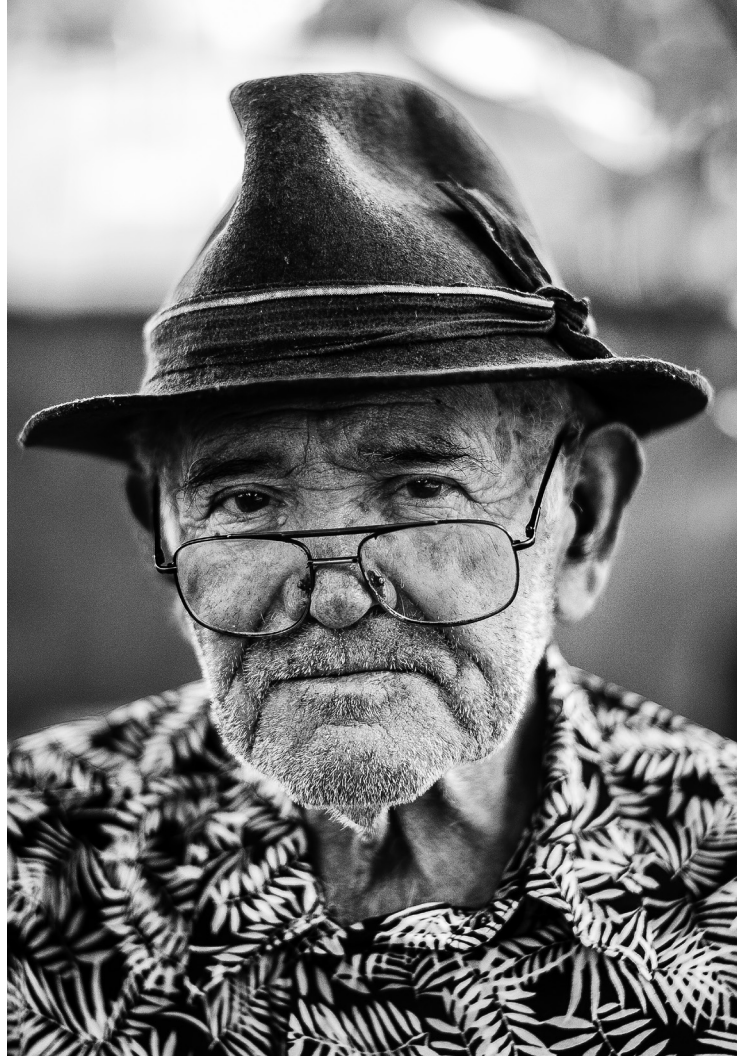
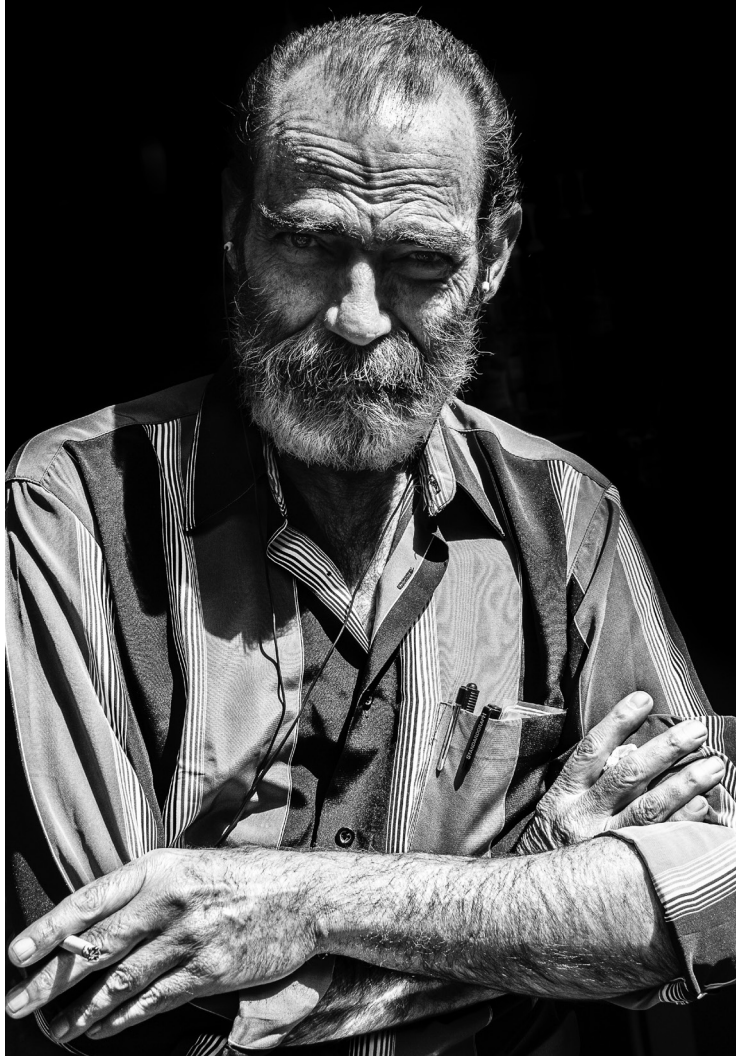
Como se ha planteado, el tema de los adultos mayores es de vital importancia no sólo por el respeto y cuidado de quienes hoy son esos seres que llevan el tiempo en sí. El sistema capitalista promueve el consumismo e individualismo, las nuevas tecnologías que tienen una obsolescencia programada imponen nuevos estilos de vida desplazando a lo viejo, relegándolo o dispersándolo. Incluso a veces, conforme al mercado, se reinstaura a la población adulta en una actualidad nostálgica, como objetos de antaño, figuras de valor simbólico atemporal.

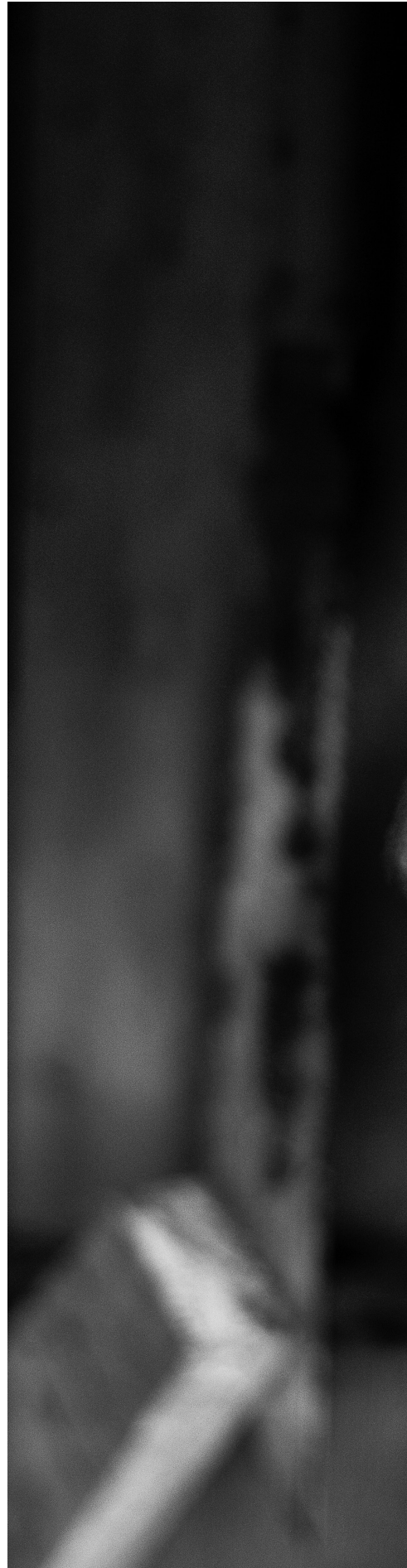
El tiempo es parte de la existencia, sin embargo, pocos seres humanos parecen estar conscientes de esta realidad. Por ello hay que cuestionarnos ¿cómo trabajar por una cultura de reconocimiento a la ancianidad? Para lograrlo es necesario profundizar sobre el envejecimiento demográfico desde los diferentes contextos que tienen los países como análisis comparativo. Esta labor ha de plantearse en el futuro; consideramos importante hacer este llamado de atención.

#### Notas

1. Lo que representa 10 222 624.94 personas en datos absolutos, con base en datos estadísticos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) del 2010.
2. Hannah Arendt, *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 2009), 31.
3. Danilo Veiga, *Desigualdades sociales y fragmentación urbana: obstáculos para una ciudad democrática* (Buenos Aires: CLACSO, 2004): 193-209.
4. Arnoldo Kraus, “Tiempos modernos: vejez y soledad,” *La Jornada*, septiembre 11, 2002. Consultado el 13 febrero, 2014. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2002/09/11/020a2pol.php?origen=opinion.html>.
5. Heidegger se refería a la cotidianidad de la vida misma. Ver Martin Heidegger, *Ontología* (Madrid: Alianza, 2008).
6. Martin Heidegger, *Construir, habitar y pensar*, 5ª ed. (España: Alción, 1985), 55.
7. María Eugenia Negrete Salas, “El envejecimiento poblacional en la Ciudad de México: evolución y pautas de distribución espacial entre 1970 y 2000,” *Papeles de población* 37 (2003): 107-127.
8. Alfons Auer, *Envejecer bien: Un estímulo ético-teológico* (Barcelona: Herder, 2003), 131. De acuerdo a Ramírez y otros, más de 70% de la población del país vive en zonas urbanas En la ciudad de México hay 1 028 557 personas mayores de 60 años, lo que representa 11.6% de la población total (2.3% más que el porcentaje nacional, que es de 9.3%). Este índice porcentual ha tenido un aumento significativo de 3.9% en 15 años. Juan Manuel Ramírez Sáiz y Patricia Safa Barraza, “Realidades y retos de las áreas metropolitanas: Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey,” *Desacatos* 36 (mayo-agosto de 2011): 131-148. Consultado en 15 de febrero de 2017. Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-92742011000200009](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-92742011000200009)
9. Inegi, Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social (ENESS) 2013. Consultado el 22 de febrero de 2017. Disponible en: <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/enchogares/modulos/eness/2013/default.html>

**Julieta Isela Zárate Cano**  
Maestra en Arquitectura  
Facultad de Arquitectura  
Universidad Nacional Autónoma de México  
✉ [julieta.zarate@gmail.com](mailto:julieta.zarate@gmail.com)







Fotografías:  
Andrés Cedillo  
[www.andrescedillo.com](http://www.andrescedillo.com)

